

CUENTO N° 23

TÍTULO: MI ABUELO ERASMO

SEUDÓNIMO: ERVE

AUTOR: DOMINGO RAMÓN VERGARA GALLEGOS

Mi tatarabuelo don José Majinis Vergara, un hombre de sólidas espaldas que imponía su autoridad con la fuerza de su voz entonando música en sus palabras, con la sinceridad, la honestidad, y la felicidad que entregaba su corazón, en compañía de sus manos trabajadoras. Sin historia espectacular, la puerta del frío del invierno se abría cada mañana a temprana hora para salir a laborar la tierra, o en verano en plena cosecha de trigo, de sol a sol con la compañía de sus bueyes, su hacha al hombro con olor a pasto mojado, un martillo golpeando tablas para construir una casa, o el chuzo acerado para escarbar la tierra y la pala y el machete para abrir un sendero en medio del tupido bosque. Su mundo es un medio feudal que se impone por el dictamen de la fuerza explotadora patronal. Vivió en un ambiente de pobreza y esfuerzo con dificultades gigantes, no tenía otra opción de vida. La superación no vendría regalada por los patrones, sino por el cambio impulsado por la unidad de la clase trabajadora de la ciudad y el campo. Ni la caridad, ni las buenas intenciones, ni el esfuerzo personal aislado lograrían mejorar las condiciones de vida de millones de personas. Los derechos básicos para una vida digna tendrían que ser conquistados, defendidos y ampliados colectivamente, ese era su pensamiento. Para la República oligarca los trabajadores campesinos no eran las personas merecedoras de derechos sociales, para ella había un orden natural en que unos pocos estaban predestinados a disfrutar del trabajo de las mayorías y ésta debería estar a su servicio. El cambio de rumbo debería ser logrado por los trabajadores mismos, pasando en primer lugar por la toma de conciencia hasta llegar a lograr una acción mancomunada con el ejercicio de valores distintos a los dominantes como son la solidaridad, el humanismo y el pacifismo anti belicista con un orden económico nuevo basado en la cooperación y no en la competencia, tomando contacto con su propia historia, con emociones en el debate y la inspiración para luchar organizadamente. Después de haber recorrido los campos alegres de color amarillento, con la compañía del viento puelche en primavera y los relámpagos luminosos en los tristes inviernos de Quilleco, Santa Bárbara, San Carlos de Purén, Mulchén, Collipulli y Ercilla, sus huellas han pasado al olvido sin gloria ninguna, regadas de un arroyo de sudor polvoriento que recorre su cuerpo, secado con la manga de su camisa. Las rutas de campo no eran lo que son ahora, serpenteaban cada rincón por lugares de una accidentada geografía. El camino más corto para llegar a casa no era la ruta, sino un sendero dibujado con la suela de las ojotas, claro que en periodos de cosecha había que utilizar los caminos más aptos al paso de las carretas cargadas con gavillas de trigo. Le tocaba trabajar en uno y otro fundo, según las necesidades de los patrones y de la dependencia de las estaciones del año, cultivando la huerta, cortando leña de ulmo con un afilado serrucho corvina para pasar el invierno sin frío, criando ovejas y chivos para alimentar correctamente a su numerosa familia. Él se

consideraba suertudo, a pesar de vivir en un mundo rígido y autoritario, donde el más fuerte mandaba al más débil, que no gozaba de ningún derecho social ni económico. Las familias campesinas estaban enclaustradas en la miseria, -en muchas ocasiones las casas estaban vacías sin tener nada para comer-, mantenidas con fichas de cartón que podían ser cambiadas por alimentos en las pulperías del patrón del fundo. La vida era precaria, dura y miserable. El sol quemaba sus espaldas y en los rudos inviernos el frío trasminaba sus huesos, no conocía la felicidad ni la paz interior, viviendo su tiempo entre las apacibles vacas en el fondo de un establo con el barro hasta las rodillas. En los fundos tenía derecho a una precaria vivienda que lo libraba de pagar arriendo, el tiempo trabajado nunca se contaba en horas, la jornada llegaba a su término cuando el trabajo se había acabado al atardecer. El pensaba que por lo menos tenía un trabajo y una huerta que le permitían vivir en condiciones humildes pero honestas. A la vuelta del camino cruzaba cuatro palabras con sus amigos de infortunio que estaban recorriendo los campos en búsqueda de algún trabajo, él los llamaba sus hermanos de la vida, y en alguna ocasión se tomaba con ellos, un trago de chicha para matar la sed. Su vida no gozaba de ningún resplandor de luz que iluminara sus tardes de invierno, eran tiempos duros, con muchos sacrificios y sin ninguna recompensa. Después de múltiples y obstinadas luchas, seguía en los campos escalando cerros hacia el infinito, todo era solo una gota de lluvia en el mar que desaparece para siempre y una campanilla en la tormenta que no se escuchaba en ninguna parte. Nunca aprendió a leer ni a escribir, las circunstancias de la vida no lo empujaron a tomar conciencia de coger un lápiz entre sus dedos para escribir una carta a sus familiares olvidados en tierras lejanas. Estuvo obligado a trabajar en calidad de peón de fundo para alimentar a su familia, dejando sus energías en la explotación del hombre por el hombre, hasta que un día cualquiera no pudo más, sus fuerzas se habían agotado para siempre. Partió definitivamente al más allá, en el fondo de la tierra, su cuerpo seguramente se encuentra en algún cementerio desconocido, donde la mano del recuerdo se olvida de arrancar la hiedra, las colas de caballo, los helechos y tantas otras hierbas que continuarán creciendo hasta ignorarlo para siempre, y sin que ninguna huella de su pasado personal registre sus andanzas por los senderos de la vida. Solo el relato de mi padre me enseñaron a conocerle un poco, quien contaba que su abuelo Pedro Alejandrino y su esposa Rosario Hermosilla Friz habían corrido la misma suerte de la precariedad que sus genitores. Su vida se truncó bruscamente de forma inesperada, durante una noche oscura de un tormentoso invierno, mi bisabuelo fue asesinado a mansalva por un par de bandidos desconocidos, le dispararon por la espalda, eran los mensajeros del gobierno de un tal Aníbal Pinto Garmendia, presidente de Chile, acompañados de algunos indígenas en los boscosos montes del Sur, espesos en neblina, cayendo desangrado por las balas asesinas en una historia de mierda, donde él no tenía nada que ver, la mala suerte hizo que él se cruzara en el camino de estos bandidos a sueldo, ellos avanzaban en la vanguardia sigilosa limpiando

el sendero de las huestes de Cornelio Saavedra, conocido pacificador de la Araucanía, que seguían las huellas del auto proclamado rey de la Araucanía y la Patagonia Orélie-Antoine de Tounens, que había intentado implantar en esa región una monarquía mapuche, lo más curioso que el proclamado rey ya no estaba en Chile y los gobiernos de turno lo seguían buscando. Este hombre aventurero de nacionalidad francesa de larga cabellera y barbudo, cubierto con un poncho mapuche se había entusiasmado con las lecturas del poema épico “La Araucana” de Alonso de Ercilla y Zúñiga que relata la resistencia centenaria del pueblo mapuche contra el invasor español, ofrece protección internacional y la unidad del pueblo ancestral. El cuerpo de mi bisabuelo Pedro Alejandrino culminó con su lanzamiento al río Malleco en el silencio de la luna como único testigo, río que él tanto amaba, que había cruzado en múltiples ocasiones en improvisadas canoas de madera a remo, donde se había bañado tantas veces en sus frescas aguas, allá sobre montes encumbrados, con árboles caídos sobre el camino en medio de troncos heridos, con atardeceres tristes anunciando la desgracia ocurrida. Ahora las hojas del bosque están marchitas por su partida, las aguas fluviales parecen turbias en el regazo profundo cubierto de pena delante del azul lejano del cielo. Eso sí, me consta que él tuvo un paso por esta tierra, lleno de proyectos, que no logró concretar. Los sueños se acaban cuando la vida se extingue para no volver, pero los suyos seguirán navegando en la profundidad del lecho del río Malleco, hasta siempre. El destino con su ironía descontrolada se lo llevó a su río predilecto. Ninguna foto colgando en alguna pared me ha permitido conocer su rostro para recordarlo con más certeza. El río lo empujó hasta las entrañas del Océano, sin dejar ningún rastro para salvarlo del agua salada. Mi bisabuela doña Rosario Hermosilla Friz, madre de mi abuelo Erasmo, falleció en 1889 a los 48 años de edad, siendo relativamente joven, en plena fuerza de la edad, como consecuencia de la enfermedad del cólera que azoló a Chile desde 1886. Ella vivía en un lugar llamado Huapitrío, cerca de Collipulli. Quedaron atrás las caminatas de la alborada por los campos fecundos de trigales, floridos en primavera con su mano amable y sincera. Ella vestía siempre de negro y su pelo rubio se había vuelto de color blanco con su peinado de forma de tomate después de enviudar, acompañada de su mate y un azucarero para matear cuando su cuerpo se lo solicitaba. Sus ojos de color cielo eran como la bondad y la paz cuando sonreía. En invierno usaba un gorro negro y un chal de lana de oveja para abrigarse del frío; cocinaba sopaipillas rodeada de humo y en verano preparaba ricas ensaladas de lechugas y tomates cultivados en su huerta. Vivía sola con sus hijos pequeños, poco le importaba, su mejor compañía era una guitarra que le servía para entonar hermosas tonadas campesinas que salían de su garganta con un fuerte arte lírico, el resto del tiempo lo pasaba en la huerta plantando semillas que le servían para alimentarse; remendaba ropa para su familia. En medio de esos recovecos de la vida había tejido una hermosa blusa blanca que guardaba sin usar, en broma decía que “era para embarcarse en el cajón que la llevara a su destino final”.

No era chiste, era una premonición que lamentablemente se cumplió al pie de la letra. Este drama dejó a sus 6 hijos abandonados a su propia suerte. Ella se fue a descansar al fondo de la tierra, dejando atrás los días sacrificados de su vida en su corta viudez, lavando y escobillando ropa en dos bateas en el vado misterioso de la noche del hermoso río Malleco sin perder su sonrisa, dejando abandonada la fatiga en el barranco áspero que baja desde el bosque. Su hijo mayor José Agápito con pasos lentos cruza la puerta sin que su voz lo delatara, su dolor en solicitud de sumisión, resignación y humildad lanza una plegaria que estalla en sollozos, una inmensa desolación y amargura se apoderan de él, sin límites llena su alma casi transformándose en locura, sus ojos claros empañados por la agonía tan cándidos como los de una virgen plantada en un altar. Blanca como un cirio con los ojos cerrados yace de espaldas con los mismos cabellos y el mismo óvalo del rostro y su pequeña boca. La violenta borrasca pasó y el cielo se tornó azul a través de la ventana. Las flores frescas, bellas de su jardín la siguen acompañando para siempre en su olvidada tumba.

Mi abuelo Erasmo, nació el mismo día que falleció en Paris Orélie-Antoine de Tounens, el 12 de septiembre de 1878, uno nace y el otro se va para no volver nunca más, con historias personales muy diversas. La vida le tocó duro, quedando huérfano de padre y madre, a la edad de 10 años, la gran injusticia de la vida se ensañó con él echándolo al camino. Los hermanos mayores que tenían algunos años más que él, lo criaron igual que a su hermanita María Dolores de 8 años como pudieron, menguando el hambre detrás de una puerta, o buscando un pedazo de pan en el sueño entre lágrimas de fuego y llanto. Hasta aquí su vida había sido la de un niño campesino que corría tras los pollitos, los corderitos o se iba al bosque a escuchar el canto de los pajaritos, haciendo travesuras con sus hermanitos, todo cambió de la noche a la mañana sin que nadie se lo advirtiese. Aprendió la vida del trabajo adentrado en los pliegues del alma, entre los recovecos de los encumbrados cerros donde pasean los grillos en su magnífica naturalidad, por un plato de porotos burros con gustito a humillación curtida como un lazo fabricado con la piel de buey, en el campo desde muy temprana edad, su inocencia explotaba en su garganta amarga, en el canto del gallo al despertar el alba. Había aprendido el silabario del campesino cayendo y parándose en el barbecho con la mancera del arado en sus manos, con sus ojotas de cuero de vaca nadando en un pantalón demasiado corto atado a su cintura por un simple cáñamo, con su tranco largo, con un silbido de rebelión y sin acobardar en su mirada horizontal, sin norte fijo, nunca fue a la escuela, cada vez que pasaba cerca de ella sus puertas estaban clausuradas con un candado y una cadena. Los días de su infancia fueron largos de llanto y dolor en tierras araucanas que no le pertenecían, inundaron en la profundidad del río la esperanza de un futuro incierto frente a una danza mapuche que giraba en un extraño zapateo, acompañada de un entretenido compás musical bajo la ventana de la cocina con una expresión fuerte que le fascinaba. En aquel tiempo se acostumbraba a prestar los niños a gente más

pudiviente, en su caso particular fue remitido a unos dueños de fundo, siendo explotado como sirviente para todo tipo de servicios, creció en medio de un ambiente hostil e inadaptado a la infancia, esta relación de préstamo de un niño con su palabra breve, a un patrón, era una manera suave de esclavitud. Navegó como pudo en un mundo extraño de duros inviernos, agónicamente solitario sin la mano de su madre para poder abrazarla en un espacio mutuo, en el tiempo infinito, sin poder conversar ni jugar con ella, sin dejarse vencer por la adversidad con paciencia bizantina. El sol que se aleja de sus ojos, es la antorcha que lo guía en sus pasos cotidianos en el recorrido del último tramo de su niñez. Ya más grande se puede atisbar un rayo de luz por la puerta que esconde el laberinto a la salida del túnel, siendo adolescente, continuó la ruta en compañía de su hermano José Mercedes, lo que el tiempo agotó nunca lo recuperó. En sus andanzas aprendió a arreglar de todo, desde una silla, una mesa, hasta la rueda de una carreta, en sus mil oficios fue volteador de robles gigantes, carpintero de casas, por supuesto carretero y lo que más amaba, los caballos con firmeza y amor galopando a rienda suelta en medio de la estruendosa tormenta partiendo árboles añosos de los bosques antiguos, eternos, enarbolando la bandera de la libertad. Su pasión por la especie equina lo llevó a consagrarse como un excelente jinete en las alargadas competencias polvorientas donde siempre salía primero, volaba encaramado en el lomo de su caballo con el chicote al viento que le servía para acelerar la velocidad que le salvó la precariedad de su vida, al ganarse un cierto reconocimiento de sus pares. Mi abuelo manejaba el arte de jinete, que consiste en tener un buen equilibrio, destreza y habilidad para lograr altas velocidades, es necesaria una rutina con el caballo altivo de orejas levantadas y elegancia varonil, ejercitando ejercicios físicos cada día, acompañado de una enorme pasión. En el pueblo de Cherquenco tenía sus propios caballos, se consagró en este oficio ganando una buena cantidad de dinero en las alargadas competencias polvorientas, construyó una casona que perdió más tarde, después de unos años en las apuestas, quedó como dios lo echó al mundo sin casa y sin ni un puto peso en el bolsillo. Esta historia tiene la particularidad de ser excepcional. Un día cualquiera se levanta de madrugada como era su costumbre de ganarse la vida a puro ñeque y a punto de esfuerzo, estaba preparando la tierra en el potrero, para las siembras de papas con su arado tirado por una yunta de bueyes, cuando se acerca un potrillo blanco hermoso, muy tranquilo, él lo miró con mucha paciencia, se acercó de a poco y le habló lento con sabiduría para no despertar miedo, como él sabe hacerlo con los caballos. El potrillo se siente en confianza como si fueran viejos conocidos, instalándose en este nuevo hogar para quedarse. Preguntó a los vecinos si el potrillo era de alguien y la respuesta fue la misma con un rotundo, ¡no! Algunos campesinos le dijeron que se quedara con él, ellos eran testigos que él era una persona de buena fe y si lo reclamaban entonces que lo devolviera. El propietario nunca apareció, él lo crió con cariño, le dio como nombre “El relámpago”, sin siquiera soñar que algún día se transformaría en un fenómeno de la velocidad. Cada vez que

corría salía primero en aquellas contiendas, él estaba seguro que su equino de temperamento fogoso, era de línea sanguínea satanás, de mediana estatura, muy explosivo y rápido, capaz de desparramar al adversario en los primeros 50 metros, dócil con el hombre, apegado a su dueño respirando con el alma encendida. El invierno lo pasaba en la pesebrera alimentándose de paja y avena. Pasaron un par de años juntos hasta que un día domingo perdió la carrera más importante de su trayectoria, el gritón o juez de confianza de ambos jinetes, dio como veredicto la cortada en favor de la yegua adversaria conocida como la “Alazana”, la partida había sido en igualdad de condiciones, no había nada que reclamar el problema era que mi abuelo había jugado en una apuesta mayor, su linda casa construida con tanto esfuerzo, la perdió y quedó en la ruina. Apartado en el corral sin tener consuelo se le escucha un relincho lastimero que se lo llevó el viento en su olfato como si extrañara algún potrero, posiblemente era una manera de despedirse para siempre de este lugar. Había entregado todo su esfuerzo con esmero y entusiasmo, pero no pudo hacer nada contra la velocidad faraónica de la yegua “Alazana”, su bravura en la contienda fue desigual, su maravillosa estampa se apagó con su jinete en el lomo entre saltos y sacudidas, nunca más pudo cabalgarlo. El caballo blanco “el relámpago” desapareció misteriosamente en la noche siguiente desde el potrero sin dejar ni una sola huella, sin él la vida no vale nada lo buscó por cielo, mar y tierra, no había ninguna pista de él por el cerro. Desapareció de su espectro cercano para siempre, era considerado como un miembro más de la familia donde se había creado un vínculo muy hondo que se rompió sin dar ninguna señal, se fue tal cual había llegado, se esfumó definitivamente, sin que nadie supiera nada de él, el misterio de su ausencia lo persiguió hasta sus últimos días de vida. Hay etapas en la vida y una de ellas es cuando la energía vital baja y la estrella luminosa empinada en la punta del cerro se apaga para siempre, solo queda recordar las alegrías sembradas por montañas recorridas y senderos empastados y polvorientos, con sus relinchos dirigidos hacia el cielo, siempre recordado como su más fiel compañero que despertaba de madrugada olfateando el paisaje, mirando sus pasos, silencioso, girando su cabeza para saludarlo como su amigo de siempre que lo invita a pasear por el prado otoñal de hojas secas y amarillentas, siempre atento al gorjeo de un pájaro, al ladrido lastimoso de un perro, al relincho agitado de otro caballo, al vuelo discreto de un zorzal o de una gaviota, como si aún lo viera sólido como un pedestal de hierro que sostiene edificios albergando multitudes; su compañía lo empuja a pensamientos etéreos en territorio lejano inalcanzable a sus cansados pies escuchando el canto misterioso del viento en un interminable galope bajo la lluvia. Mi abuelo Erasmo tenía los pies y las manos curtidas con callos y cicatrices en su cuerpo, instalado detrás de un destartalado taller donde el viento sacude la puerta y el crepúsculo envuelve con su penumbra gris las paredes de su casa junto al viento que se arremolina y penetra por los cristales rotos. Mi abuelo era fuerte como un árbol antiguo, y a veces blando como la tierra que se agarra de las raíces para sostenerse. ERVE